

a la de nación racial. Paralelamente y como contrapartida se había fundido germanismo y cristianismo: lo alemán era cristiano, por lo cual el judío jamás podría llegar a ser alemán. El elemento racial dio al antisemitismo una coherencia que nunca había alcanzado, pues antes variaban las razones de la naturaleza de los judíos y sus posibilidades de recuperación.

El modelo cognitivo antisemita se formó mucho antes de que los nazis llegaran al poder e incluso de que existieran como partido; tal modelo, en el XIX y XX era dominante en la sociedad, atravesándola. El modelo cognitivo antisemita, propagado sobre todo a través de la conversación social y la actividad institucional, no llegó a estallar antes de la década de los '30 «porque no existían las condiciones para transformarlo en un programa de ataques físicos, y el Estado no estaba dispuesto a convertirse en la base de una acción social colectiva de esta clase. La Alemania del káiser Guillermo no toleraría la violencia organizada que los antisemitas parecían anhelar» (p. 106).

La segunda parte del libro se centra en el sentido de las acciones (degradación, tortura psíquica y física, asesinato, confinamiento) y de las instituciones. Goldhagen se interesa especialmente en unas instituciones que considera poco estudiadas: batallones policiales, marchas de la muerte y campos de

«trabajo». Este estudio empírico busca someter a examen la hipótesis de que las creencias antisemitas fueron la causa de la empresa exterminadora. El análisis de la lógica con que funcionaban estas instituciones permite ver si el antisemitismo era lo dominante o no. Acerca de los campos de «trabajo», Goldhagen se pregunta por ejemplo para qué se obligaba a trabajar a los judíos. La respuesta es que el objetivo de los verdugos no era ni siquiera la superexplotación de una fuerza de trabajo esclavizada, sino lisa y llanamente infligir un cruel y sistemático castigo a los judíos como modo de destruirlos hasta ocasionarles la muerte. No primaba la racionalidad económica, como parece propio de una institución diseñada para obtener trabajo, sino la voluntad de degradar al judío hasta exterminarlo. Similares conclusiones obtiene Goldhagen cuando analiza las otras dos instituciones. En ellas primaba una voluntad de liquidación sobre la lógica propia de la institución correspondiente o, incluso, sobre los intereses personales de los verdugos que, en algún caso, como el de las marchas de la muerte cuando la derrota alemana ya era inminente, podían ser favorables —y sólo por motivos utilitarios y egoístas— a detener el letal maltrato a los judíos.

Merced a la investigación empírica, el autor obtiene asimismo otras conclusiones. Entre ellas cabe ano-

tar las siguientes: en primer término, no fueron sólo los cuerpos de élite militares los que participaron de la empresa exterminadora, sino que algunos de los cuerpos que llevaron a cabo las acciones más atroces, como exterminio de pueblos enteros a veces en un día o dos, estaban compuestos por voluntarios, hombres de unos treinta años, en muchos casos padres de familia, sin formación militar ni adiestramiento ideológico especiales; en segundo lugar, los alemanes no trataban del mismo modo a los judíos que a otras víctimas, pues mientras ante los judíos no mostraban reparo alguno, sí lo tenían cuando se trataba de víctimas no judías, pues se preguntaban por la humanidad del trato que les proporcionaban; finalmente, los ejecutores del exterminio tuvieron a su alcance la posibilidad de elegir cómo tratar a los judíos, al punto de que muchos pelotones eran avisados por sus jefes de que las acciones que iban a realizar (en general, asesinar a seres indefensos durante jornadas enteras) podían resultar insoportables, para que si lo deseaban se vieran relevados de actuar, y que los que así lo hicieran (a la postre, una ínfima minoría) no recibirían castigo alguno, lo que finalmente así ocurrió.

La conducta de los alemanes corrientes hacia los judíos —sostiene Goldhagen— fue la que fue, tuvo sentido para aquéllos porque consideraban que la vida de un ser satá-

nico carecía de valor alguno, que no merecía ser vivida y que era justo que recibiera un trato cruel. Así, llegó a resultarles moralmente laudable, un acto valioso, degradar y matar a ese ser, lo cual legitimó el sistema de campos y los guetos, antes incluso del inicio de la política de exterminio.

Al cabo de la lectura del trabajo de Goldhagen aparecen algunos interrogantes. Uno de ellos es que si el individuo recibe sus esquemas cognitivos de la sociedad, es decir, si la determinación de sus esquemas de representación es tan acusada, ¿cómo se puede afirmar que es responsable de haber elegido —en este caso— cómo tratar a los judíos? Sostener que es muy difícil, por no decir casi imposible, que un individuo reconfigure las representaciones con las que su sociedad lo dota, ¿no sería el primer paso para afirmar la culpa colectiva, ésa que el propio Goldhagen encuentra poco sólida para dar cuenta del Holocausto?

Relacionado con este último punto, aunque no directamente, aparece el problema de la generalización del antisemitismo en la Alemania de entonces. No se pretende cuestionar la afirmación, sino resaltar una posible contradicción del autor. En efecto, afirma Goldhagen que toda la población participaba de esa visión, aunque el Partido Socialdemócrata era una «excepción parcial». El punto es que ese

partido, y por supuesto Goldhagen lo reseña, era mayoritario en Alemania desde 1912.

Otro punto que no queda claro tras la lectura del trabajo es qué hizo posible el salto cualitativo desde el antisemitismo como modelo cognitivo al antisemitismo como política de Estado, como política de exterminación. Es decir, parece

quedar sin respuesta la pregunta acerca de qué condiciones hicieron posible el ascenso del nazismo o, con otras palabras, por qué si el modelo cognitivo existía desde tanto tiempo atrás sólo estalló y cristalizó en empresa exterminadora hacia los años '30 del siglo XX¹.

Javier Franzé

¹ El trabajo de Goldhagen ha suscitado una gran polémica. Ya han aparecido libros críticos respecto de sus tesis. Buena parte de este material, así como de las reseñas y comentarios sobre el libro aparecidos en

importantes medios, tanto académicos cuanto de información general, pueden consultarse en internet. Para ello, basta con situarse en un buscador e ingresar como palabra clave el apellido del autor.

América en los libros

El libro de Esther, Juan Carlos Méndez Guédez, Ediciones Lengua de Trapo, Madrid, 1999, 188 pp.

Emplear las obsesiones como combustible de la fantasía es un recurso frecuente de la literatura para subvertir la realidad que ha producido personajes encantadoramente oscuros, como Jean Baptiste Grenouille, el asesino de *El perfume*, o delirantemente vanos como el periodista Eleazar, protagonista de estas páginas. Porque las obsesiones pueden ser encantadoras cuando permiten al novelista crear un mundo al margen de la realidad, con una vida propia que no es reflejo de la que provienen sus materiales culturales pero se tornan agobiantes cuando, en lugar de subvertir esa pintura, parecen regodearse en sus trazos y colores.

El libro de Esther, narra la saga y los recuerdos de Eleazar, periodista venezolano que, habiendo perdido su amor de adolescencia por lo que el mismo denomina «el desencuentro de una Coca Cola», consagra su vida a idolatrarlo hasta el momento en que, luchando con sus dudas y obsesiones, abandona Caracas y parte a Canarias para rastrear sus pasos en el delirio y el tráfigo del carnaval.

Paralela al amor de Ester, una obsesión rige la vida y los asuntos de Eleazar; se trata del temor a los virus y microbios o sustancias tóxicas que puedan disminuir su vitalidad, actitud que lo lleva a convertirse en un personaje repulgado y melindroso que extrema sus cuidados y atenciones, prepara sus propios alimentos cuidando el contenido de la grasa y de la sal, carga jabón medicinal en el bolsillo para lavar sus manos luego de cualquier contacto sospechoso, hace gárgaras de Listerine tras haber hablado por teléfono para evitar los gérmenes, fuma Marlboro *light* para minimizar la cuota de alquitrán que el tabaco deposita en sus pulmones, se abstiene de comer frutas por temor a los químicos utilizados en su maduración, se inyecta venadón por su propia cuenta cuando se le altera la tensión, carga pastillas contra el mareo y el estrés, usa gotas para la tensión ocular y toma un sin fin de extravagantes precauciones tendientes a preservar su existencia y su salud.

No obstante, Eleazar es un caribeño fogoso, con toda la estereotipada carga de desparpajo y chabacanería que este adjetivo implica y en sus recuerdos de adolescencia no pueden faltar la música, el baile,